

Octubre 2023

TENGO SED

DE DIOS

EDICIÓN N° 21

POSTRADO A TUS PIES
El Santo Rosario (1° parte)

EVANGELIO, PAN DE VIDA
"Venid y lo veréis..."

ALMAS EUCARÍSTICAS
Santa Teresita

“La Eucaristía es la forma suprema de entrega de Dios a nosotros en Cristo”. (P. Rodrigo Molina)



SUMARIO

- **P. RODRIGO MOLINA,
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA**
Eucaristía y perdón..... 3

- **POSTRADO A TUS PIES**
El Santo Rosario (1º parte)..... 4

- **DOCTRINA SOBRE EL
SACRAMENTO DEL AMOR**
El Sagrado Corazón de Jesús (3ª parte)..... 5

- **EVANGELIO, PAN DE VIDA**
"Venid y lo veréis" 6

- **REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO**
Con cuánta reverencia se ha de recibir al Señor.. 8

- **MARÍA Y LA EUCARISTÍA**
María nos lleva a Jesús en la confianza filial... 10

- **ALMAS EUCARÍSTICAS**
Santa Teresita y la Eucaristía..... 12

- **MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS**
El chófer convertido en apóstol..... 14

Eucaristía y perdón

Uno de los fines de la Eucaristía y de la Santa Misa es el propiciatorio, es decir, el de pedirle perdón por nuestros pecados. La Misa es el sacrificio de Jesús que se inmola por nosotros y obtiene la remisión de nuestros pecados y de las penas debidas por ellos. Todo de acuerdo al grado de disposición de cada uno.

“El Señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda”. Así es Dios, misericordioso, clemente, compasivo. Es su atributo más hermoso. El Evangelio evidencia la gran deuda que el Señor nos ha perdonado, sin mérito alguno por nuestra parte, solo porque se lo hemos pedido.

Se compadece de su pueblo y forma un pacto con él. Se compadece de su pueblo y lo libra de la esclavitud. Se compadece de su pueblo y le da el maná, y es columna de fuego que lo protege durante la noche. Se compadece y envía a su Hijo Único como Mesías salvador de nuestros pecados. Y Dios, en Jesús, se compadece de

nosotros y nos da su perdón, no solo en la confesión sino también en la Eucaristía.

Meditemos con palabras de nuestro Padre Molina:

«La mejor muestra del amor de Dios hacia mí: el don de la Eucaristía. En la Eucaristía Dios se hace cercano, siempre dispuesto al perdón y a la ayuda.

En la Eucaristía te sientas a la mesa de Dios para participar de su divinidad. El sentar a la mesa para el oriental era señal de don: de perdón, de amistad, de fraternidad, era garantía de paz. El comer Jesús con los pecadores, el sentarse a la mesa con los despreciados

y marginados, significa que establece comunidad de vida con ellos, que les ofrece perdón, amistad, salvación. De ahí la apasionada oposición de los jefes judíos: “Éste acoge a los pecadores y come con ellos” porque comprendían bien que, obrando Jesús así, equiparaba a los pecadores con los justos, los hacía tan dignos como a los justos.

Al hacer Jesús de su estancia entre nosotros un banquete, nos dice que la Eucaristía nos trae la pertenencia a la familia de Dios y, en ella, la cercanía misericordiosa de Dios como Padre. La Eucaristía me asigna a mí el perdón de los pecados conseguido mediante la Pasión de Cristo. Obtenido el perdón, queda suprimido el obstáculo que impedía eficazmente la entrega de Dios a mí. Jesús no tiene nada más grande que darme.

¡En la Santa Eucaristía somos liberados, en la Santa Eucaristía somos salvados! ¡Ábrete a esa oferta de Dios! Hazte receptor de ese gran don».



El Santo Rosario

(PRIMERA PARTE)

Octubre, mes del Santo Rosario. En este mes recordamos la apremiante llamada de Nuestra Señora en Lourdes y Fátima para el rezo del Santo Rosario diario. Y si es en familia, mejor.

En 1978 el Papa Juan Pablo II sorprendió al mundo, poco después de ser elegido Pontífice, con esta frase en la Plaza de San Pedro: *“Mi oración preferida es el Rosario”* (29 de octubre) y luego en muchísimas ocasiones fue recomendando esta hermosa práctica de piedad. Suyas son las siguientes exclamaciones: *“El Rosario es una escalera para subir al cielo”*. *“Es la oración más sencilla a la Virgen, pero la más llena de contenidos bíblicos”*. *“El Rosario es nuestra oración predilecta. Cuando la rezamos, está la Santísima Virgen rezando con nosotros. En el Rosario hacemos lo que hacía María, meditamos en nuestro corazón los misterios de Cristo”* (Lc. 2, 19).

Y el Papa Francisco, en 2020, con ocasión de la fiesta de la Virgen del Rosario, animó a llevar siempre el Santo Rosario en el bolsillo y recitarlo porque *“es la oración más hermosa que podemos ofrecer a la Virgen María”* y es *“un arma que nos protege de los males y de las tentaciones”*.

Para rezar el Santo Rosario comenzamos con el acto de contrición, luego un Credo al Sagrado Corazón de Jesús. A continuación, podemos ofrecer esta oración por algunas intenciones. También, ofrecer cada misterio por alguna intención. ¡Hay tantas personas, problemas y cosas por las cuales pedir! Después de enunciar cada misterio, rezamos un Padre nuestro, diez Avemarías y un Gloria.

Los misterios que se rezan cada día son:

Lunes y sábados: MISTERIOS GOZOSOS

Jueves: MISTERIOS LUMINOSOS

Martes y viernes: MISTERIOS DOLOROSOS

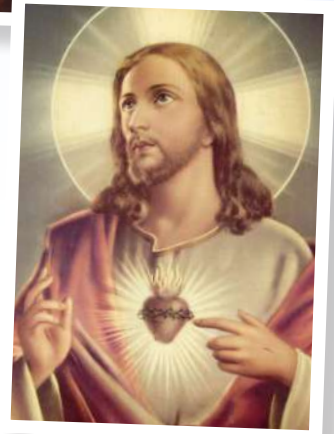
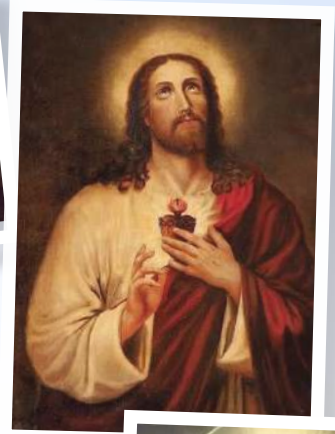
Miércoles y domingos: MISTERIOS GLORIOSOS

Rezar el Santo Rosario frente a Jesús Sacramentado es contemplar a Jesús con los ojos de su Madre, es estar asistidos por la presencia amorosa de la Madre.



El Sagrado Corazón de Jesús

(3ª PARTE)



Continuamos profundizando en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Ese Corazón abierto de nuestro Dios que nos habla de amor y misericordia: “*He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y, en cambio, de la mayor parte de los hombres no recibe nada más que ingratitud, irreverencia y desprecio en este Sacramento de Amor*”.

El Catecismo del Sagrado Corazón nos habla de algunos actos de piedad para honrarlo: venerar su imagen, llevar su escapulario y la Hora Santa.

1. ¿Expresó Jesucristo, nuestro Señor, el deseo de que se honrase la imagen de su divino Corazón? Sí, lo expresó varias veces a Santa Margarita María: «Me ha asegurado mi Salvador que tendría singular complacencia en que se le honrase bajo el emblema de ese su Corazón de carne, cuya imagen deseaba fuera llevada en el pecho por sus devotos, venerada en los hogares y honrada en público.»

2. ¿Cuál es el primer acto del culto privado debido a la imagen del Sagrado Corazón? Consiste en colocarla con respeto en nuestra casa, habitación o lugar de trabajo, honrándola con toda devoción. Así lo practicaba Santa Margarita María: ocupaba lugar preferente en su mesa de trabajo una estampa del Sagrado Corazón, y ante este conmovedor símbolo del amor de Jesús escribía, leía y hacía sus labores.

3. ¿Cuál es el segundo acto de culto a la imagen del Sagrado Corazón? Llevar su escapulario. Así lo aconsejaba a sus compañeras la vidente de Paray. Este escapulario se compone de dos pequeñas piezas de lana blanca unidas por doble cinta. En un lado traen la imagen del Sagrado Corazón, en su forma acostumbrada y en el otro, la Bienaventura-

da Virgen con la inscripción: Mater Misericordiae, o sea, Madre de misericordia.

4. ¿Qué más podemos hacer en honra del Sagrado Corazón? La Hora Santa. Esta consiste en una hora de oración mental o vocal, la noche del jueves al viernes, en unión con Jesucristo nuestro Señor; triste hasta la muerte en su agonía del Huerto de los Olivos.

Esta práctica tiene su origen en las palabras dirigidas por el Corazón de Jesús a Santa Margarita María: «Para acompañarme en aquella mi humilde oración que ofrecí entonces a mi Padre en medio de tantas angustias, te levantarás de las once a las doce de la noche del jueves al viernes para postrarte una hora conmigo, rostro en tierra».

La Hora Santa es, por tanto, acompañar a Jesús con una hora de oración que tiene cuatro fines: 1º Mitigar de algún modo la amargura que experimentó Jesús en su agonía en Getsemaní. 2º Pedir misericordia para los pecadores. 3º Orar por los agonizantes y por los afligidos. 4º Movernos a un vivo dolor de nuestros pecados, causa del dolor tan intenso de Cristo.

Esta hora de oración puede hacerse en común o en privado, ante el Santísimo o en la propia casa. Si no podemos hacerla el jueves por la noche, podemos hacerla otro día con esta misma intención.



"Venid y lo veréis..."

«**A**l día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: "He ahí el Cordero de Dios". Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: "¿Qué buscáis?". Ellos le respondieron: "Maestro, ¿dónde vives?". Les respondió: «Venid y lo veréis». Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima».

Seguir a Jesús es el misterio de muchas vidas entregadas: sacerdotes, religiosos y religiosas, pero también laicos, madres y padres de familias, jóvenes e incluso niños. Y así el matrimonio

Ulma, beatificados con todos sus hijos por el Papa Francisco, San Carlos Acutis, el quinceañero de los ordenadores e Internet, el carismático San Juan Bosco o su alumno niño Domingo Savio, el

alpinista y actor, San Juan Pablo II, la angelical Santa Teresita del Niño Jesús y tantos más.

Seguir a Jesús es la invitación, la vocación y la misión de todos los bautizados.

Analícemos brevemente el texto evangélico. «*Los dos discípulos... siguieron a Jesús*». Y Jesús parece hacerseles el encontradizo. Imaginemos la escena. Andrés y Juan caminan tras Jesús. El Maestro siente pasos tras de

sí, sabe de quiénes son, Él conoce esos corazones enardecidos que tímidamente le siguen. Se detiene, se gira, lo mira... sus miradas se encuentran. ¿Qué vieron los discípulos en la mirada del Maestro? Sin duda, cariño, comprensión. En esa mirada se concentra todo el amor de Cristo hacia esos predilectos de su corazón: uno de ellos, Juan, será el discípulo amado que a sus noventa años aún recuerda el latido del Corazón del Maestro. El otro, Andrés, seguirá a su amado Maestro hasta la misma muerte en una cruz con forma de aspa.

Ellos no se atreven a romper el silencio. Jesús les dice: «¿Qué buscáis?». En realidad, Jesús sabe lo que buscan: buscan el Camino, la Verdad y la Vida. Buscan al Mesías prometido que les traería la paz y la bienaventuranza, buscan al Hijo que les revelaría al Padre... Aun no comprenden todo ni comprenden bien, pero desde que San Juan Bautista les señaló al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, simplemente lo buscan a Él.

Quizás sorprendidos, ante aquella pregunta inesperada, los apóstoles miran al Maestro.... Como nos pasa a todos, ante una pregunta imprevista que toca nuestras fibras más íntimas y roza nuestros más profundos deseos, Andrés y Juan responden con palabras breves que casi parecen una excusa: «Maestro, ¿dónde vives?».

Lo que los noveles apóstoles buscan no es una dirección, conocer la casa, no. Ellos buscan mucho más. Pero ¿cómo explicar en una frase resumida que lo que buscan es dar sentido a su vida, que los

que buscan es saciar el hambre y sed de justicia que constriñe su alma, que lo que buscan no es una doctrina sino una persona que llene su alma de altos, mejor, de divinos ideales. ¿Maestro, dónde vives, cuál es tu vida, cuál tu enseñanza? Maestro queremos conocerte, oírte, acompañarte, ir por tu mismo sendero, vivir tu misma vida, sentir el palpitar de tu corazón. Y es que en el fondo de sus corazones Juan y Andrés buscan a Alguien que les haga salir de sí mismos y les hable el lenguaje del cielo y les enseñe el amor hasta el extremo.

Juan y Andrés buscan eternidad, buscan a Dios. Y en los ojos dulces, calmos y profundos del Maestro Nazareno advierte ese resplandor divino... ¿cómo expresar todo esto en una simple respuesta?

Y Jesús, adecuando su respuesta a la emoción del momento, también responde lacónicamente, escuchando más a sus corazones que a sus palabras: «Venid y lo veréis».

Venid y veréis dónde vivo, cómo vivo, oiréis mis palabras y atenderéis a mis enseñanzas... Venid y ved lo que os ofrezco, no son ganancias mundanas sino celestiales. Encontraréis en mi el Camino, la Verdad y la Vida que tanto anheláis. Junto a mí descubriréis la bienaventuranza prometida a los limpios de corazón, a los humildes y mansos, enjugaréis vuestras lágrimas y seréis saciados. Venid y ved. Me conoceréis a Mí y en Mí veréis al Padre. Y un día no lejano mi herencia será el Espíritu Consolador y mi Madre será la vuestra. Venid y ved.

Y continúa el Evangelio: «Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima». Tan profundamente se quedó grabada la escena en el corazón de San Juan que jamás olvidaría la hora de aquel encuentro feliz: sobre la hora décima, es decir, las cuatro de la tarde.

Alma cristiana, alma adoradora, ¿no sientes en tu interior ansias de encontrara el Camino, la Verdad y la Vida? ¿No sientes deseos que esos mismos ojos del Maestro Nazareno, dulces, compasivos, se fijen en los tuyos y te inviten a su intimidad? ¿No sientes deseos de conocer cómo vive Cristo, qué siente, cómo piensa...? ¿No desees alcanzar también ser de aquellos bienaventurados de que nos hablará el Evangelio? Pues ven y ve.

¿Dónde? Ven al Evangelio, pero sobre todo ven al Sagrario. Allí se esconde el mismo Jesús, el Maestro de las calles de Nazaret y Galilea, palpita su mismo Corazón, sus ojos, misteriosamente pero realmente se fijan en ti.

Ven y ve es la invitación de Jesús Sacramento... Ven a tu Sagrario más cercano y allí recibirás todo eso que más necesitas. Tal vez sea paciencia para sufrir, fortaleza ante las dificultades, alegría a pesar de los dolores, paz en medio de las tormentas y conformidad amorosa a la Voluntad de Dios.

Ven al Sagrario y ve las riquezas que estoy dispuesto a derramar sobre ti. Y serían como las del día. Cada uno puede escribir su hora, la hora de los encuentros inolvidables con el Jesús de su sagrario.

«¿Cómo es posible que alguien que cree en Dios pueda amar algo fuera de Él?». (San Felipe Neri)

CON CUÁNTA REVERENCIA SE HA DE

Recibir al Señor

Un clásico de espiritualidad es el libro “Imitación de Cristo” de Tomás de Kempis. Muchos santos y almas piadosas han leído y meditado estas líneas con gran aprovechamiento para su alma. Por ejemplo, Santa Teresita del Niño Jesús, siendo aún muy jovencita, lo leía con unción e incluso podía repetir de memoria algunos párrafos. El libro cuarto está dedicado al Santísimo Sacramento. De este hermoso libro extraemos una meditación que nos ayude a reflexionar en la grandeza de este Sacramento de amor.

«Jesucristo: Venid a Mí todos los que tenéis, trabajos y estáis cargados, y yo os aliviaré, dice el Señor. El pan que yo os daré, es mi carne, por la vida del mundo. Tomad y comed: este es mi cuerpo; que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de Mí. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en Mí, y yo en él. Las palabras que os he dicho, espíritu y vida son.

El Alma: Estas son tus palabras, ¡oh buen Jesús, Verdad eterna! Aunque no fueron dichas en un tiempo, ni escritas en un mismo lugar. Y pues son tuyas, y verdaderas, debo yo recibirlas todas con gratitud y con fe. Tuyas son, pues, Tú las dijiste; y también son mías, pues las dijiste por mi bien.

Me mandas que me llegue a Ti con gran confianza, si quiero tener parte contigo, y que reciba el manjar de la inmortalidad, si deseo alcanzar vida y gloria para siempre... ¡Cuán dulces y amables son a los oídos del

pecador estas palabras, por las cuales Tú, Señor Dios mío, convidas al pobre y al mendigo a la comunión de tu Santísimo Cuerpo! Mas ¿quién soy yo, Señor, para que presuma llegarme a Ti? Veo que no cabes en los cielos de los cielos; y Tú dices: ¡Venid a Mí todos!... ¿Cómo osaré llegarme yo que no reconozco en mí cosa buena en que pueda confiar? ¿Cómo te hospedaré en mi habitación yo que tantas veces ofendí tu benignísima presencia? Los ángeles y arcángeles tiemblan: los Santos y justos temen. Y Tú dices: ¡Venid a Mí todos! Si Tú, Señor, no dijese esto, ¿quién lo creería? Y si Tú no lo mandases, ¿quién osaría llegarse a Ti?

Noé, trabajó cien años en fabricar un arca para guarecerse en ella con pocas personas: ¿pues cómo podré yo en una hora prepararme para recibir con reverencia al que fabricó el mundo? Moisés, tu gran siervo y tu amigo especial, hizo un arca de madera incorruptible, y





la guarneció de oro purísimo para poner en ella las tablas de la Ley; ¿y yo... osaré recibirte tan fácilmente a Ti, hacedor de la ley y dador de la vida? Salomón, el más sabio de los reyes de Israel, edificó en siete años, en honor de tu nombre, un magnífico templo. Celebró ocho días la fiesta de su dedicación... Y yo, ¿cómo te introduciré en mi casa, que difícilmente estoy con devoción media hora? Y ¡ojalá que alguna vez gastase bien media hora!

¡Oh Dios mío! ¿Qué no hicieron aquellos por agradarte? Mas ¡ay de mí! ¡Cuán poco es lo que yo hago! ¡Qué corto tiempo gasto en prepararme para la Comunión! Rara vez estoy del todo recogido, y rarisima me veo libre de toda distracción. Y en verdad, que en tu saludable y divina presencia no debiera ocurrirme pensamiento alguno poco decente, ni ocuparme criatura alguna; porque no voy a hospedar a algún ángel, sino al Señor de los ángeles. ¿Por qué, pues, no me inflamo más en tu venerable presencia? ¿Por qué no me dispongo con mayor cuidado para recibirte...?

Muchos corren a diversos lugares para visitar las reliquias de los Santos, y se maravillan de oír sus hechos, miran los grandes edificios de los templos, y besan los sagrados huesos guardados en oro y seda. Y Tú estás aquí presente delante de mí en el altar, Dios mío, Santo de los Santos, Criador de los hombres y Señor de los ángeles. Muchas veces los hombres hacen aquellas visitas por

la novedad y por la curiosidad de ver cosas que no han visto; y así es que sacan muy poco fruto de enmienda, mayormente cuando andan con liviandad, de una parte a otra, sin contrición verdadera. Más aquí, en el Sacramento del Altar; estás todo presente, Jesús mío, Dios y hombre; en él se coge copioso fruto de eterna salud todas las veces que te recibieren digna y devotamente. Este Sacramento se da gracia espiritual, se repara en el alma la virtud perdida, y reflorece la hermosura afeada por el pecado... ¡Oh ceguedad y dureza del corazón humano, que tan poco atiende a tan inefable don, y por la mucha frecuencia ha venido a reparar menos en él!

Porque si este sacratísimo Sacramento se celebrase en un solo lugar y se consagra-se por un solo sacerdote en todo el mundo, ¿con cuánto deseo y afecto acudirían los hombres a aquel sacerdote de Dios para verle celebrar los divinos misterios? Mas ahora hay muchos sacerdotes, y se ofrece Cristo en muchos lugares, para que se muestre tanto mayor la gracia y amor de Dios al hombre, cuanto la sagrada Comunión es más liberalmente difundida por el mundo.

Gracias a Ti, buen Jesús, pastor eterno que te dignaste recrearnos a nosotros pobres y desterrados, con tu precioso cuerpo y sangre; y también convidarnos con palabras de tu propia boca a recibir estos misterios, diciendo: Venid a Mí todos los que tenéis trabajos y estáis cargados, que yo os aliviaré».

MARÍA NOS LLEVA A JESÚS, *en la Confianza filial*

En las distintas circunstancias en que nos hallemos, Jesús se hace todo a todos. Jesús es pureza, es príncipe de paz... Es también Padre, con el que podemos tener un trato de hijos, como hacía Santa Teresita del Niño Jesús, cuyo jubileo celebramos este año.

La confianza filial se enraíza en la fe. La fe me muestra la grandeza de Dios, su omnipotencia, sabiduría y amor. Que es Creador y Padre, Redentor, Santificador y Juez de vivos y muertos. Aceptamos con la fe las verdades que Él ha revelado, contenidas en el Credo.

¡Qué grandeza se encierra, pues, en este Dios que se hace tan pequeño que se encierra en un pequeño trozo de pan, la Sagrada Hostia! La fe en sus atributos genera garantía. Él es de fiar, en su persona, en su doctrina, en su Iglesia, que ha dejado como canal de gracia y familia de sus hijos.

¡Qué amor de Padre tiene Jesús eucaristía! Es todo Corazón, como se ha podido comprobar en los distintos milagros eucarísticos que Él ha realizado. Se hace presente y asequible, al tiempo que tierno, seguro, roca de nuestro refugio, corazón de amigo, hermano, esposo, Padre...

Los santos y la confianza filial

Santa Teresita nos da una descripción deliciosa cuando imagina su alma como una niña de tres o cuatro años, con el pelo y el vestido desarreglados, avergonzada de presentarse en el altar para recibir a Jesús. Pero recurre a Nuestra Señora e “*inmediatamente*” —escribe la Santa— *la Virgen María se afana a mi alrededor, me quita el de-*

lantalito sucio y me ata el pelo con un bonito lazo o con una sencilla flor... Y eso basta para hacerme aparecer graciosa y que pueda sentarme sin ruborizarme en el banquete de los Ángeles”.

Hagamos la misma prueba. No quedaremos desilusionados. Además, podremos exclamar con santa Gema extasiada: “*¡Qué bella es la Comunión hecha con la Madre del Cielo!*”

Santa Teresita escribía a una Hermana: “*Jesús no baja todos los días desde el Cielo para quedarse en un copón de oro sino para quedarse en otro cielo, el de nuestra alma, donde Él encuentra sus delicias*”; y cuando un alma se cierra y no quiere recibir a Jesús en su corazón “*Jesús llora*”; por esto continúa santa Teresita, “*cuando el diablo no puede entrar en el santuario de un alma por el pecado, quiere que al menos esté vacía, sin dueño, y alejada de la Comunión*”.

En esos momentos de tentación, acudamos a Santa María, que se encargue de preparar

nuestro encuentro con Jesús y deshacer las trampas del demonio. Y si de verdad no podemos recibirlo por la desgracia de un pecado mortal, que ella suscite en nosotros la contrición y facilite el ponernos en gracia por una buena confesión.

Podemos meditar el Avemaría en nuestras visitas, en la acción de gracias a Jesús Eucaristía... Digamos a la divina Madre:

“*Y bendito es el fruto de tu vientre*”. Madre buena, ¡qué regalo nos has hecho dándonos a Jesús, nuestro Salvador! He aquí que Él quiere venir a mí para hacerme un hijo querido de tu corazón. Voy a recibirlo con confianza y a decirle: Jesús mío, me abandono a Ti. Ven para darme la fuerza de servirte fielmente y la esperanza de gozarte para siempre con tu Madre en el Cielo.

Unión confiada con María, para entregarnos a Jesús

Según el P. Gabriel Jacquier, “*tenemos que habituarnos a vivir en María continuamente, con abandono. Por eso hemos de estar convencidos de que, en el orden espiritual, no hay distancias; una verdadera comunión existe entre nosotros y nuestra Madre: creo en la comunión de los santos.*

Ella está en nosotros, espiritualmente presente, y nosotros estamos en Ella y en Ella poseemos a Dios. Vivamos, pues, por la fe, en el Corazón de nuestra Madre: ‘Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones’ (Ef. 3,17). Ella está en mí, yo estoy en Ella, y por una intimidad superior a la que existe entre la madre y el niño que lleva en su seno; en esto no hay más que una unión material, en aquello una comunión espiritual. ¡Oh! ¡Si pensáran-

mos en ello! “Estoy en el Corazón de María”, mi Madre, tan tierna y tan poderosa”...

Nuestra unión con María, como hijos suyos (unión íntima, como la del niño que está en el seno de su madre), nos debe llenar de ilimitada confianza a la hora de recibir la Comunión, a la hora de visitar a Jesús Sacramentado. Podemos compartir sus latidos, sus sentimientos de acción de gracias, de adoración, alabanza, petición... que Ella haría a Jesús.

Jesús ama a María hasta el delirio. Le debe mucho a su Fiat, que le permitió encarnarse, re-

dimirnos. La ama y no le niega nada de lo que Ella le pide.

Pediremos a nuestra Madrecita que interceda, para que al comulgar nosotros también imitemos con seguridad su SÍ, su *“hágase en mí tu voluntad”*. Que la vida de Jesús y de María sea la nuestra. *“El que me come vivirá por mí”*.

Allí me depositó el amor divino el día de mi bautismo, y no pienso en ello.

Allí quiere Dios comunicarme la sobreabundancia de su vida. ¡Dejémonos absorber por el amor maternal de María! Ella

nos ofrece un amor maternal. Ella ama a cada uno de nosotros con todo su Corazón.

Para mí pronunció Ella su fiat, entregó a su Jesús y se entregó con Él; sobre mí está siempre inclinada, aun más, es a mí a quien Ella estrecha en su Corazón como al Niño Jesús.

¡Tengamos fe en el amor maternal de María, amor total para cada uno de sus hijos!

“Ella me amó y se entregó por mí” (cf. Gal 2,20). Debo amarla y entregarme a Ella sin restricción.



Santa Teresita

Y LA EUCARISTÍA



Santa Teresa del Niño Jesús nació en la ciudad francesa de Alençon, el 2 de enero de 1873, sus padres, católicos ejemplares hoy canonizados, fueron Luis Martin y Acelia María Guerin. Cuando sólo tenía cinco años, su madre murió. Desde entonces, pesaría sobre ella una continua sombra de tristeza, a pesar de que la vida familiar siguió transcurriendo con mucho amor.

Su buen padre siempre estuvo pendiente de la educación de sus hijas a quienes inculcó valores, piedad, fortaleza y alegría. Él fue para las cinco niñas la imagen de una ternura materna y paterna a la vez. Con él Teresita aprendió

a amar la naturaleza, a rezar y a amar y socorrer a los pobres.

Cuando sólo tenía quince años, pidió a su padre el permiso para ingresar también ella al Carmelo. Allí estaba ya sus hermanas María y Paulina. Pero a Teresita no le movió el “estar con sus hermanas” sino realmente una llamada de Dios para consagrarse a Él. Aunque su padre dio el permiso, los superiores eclesiásticos no lo daban pensando que aún era demasiado joven. Por eso Teresita peregrinar a Roma con su padre y otra de sus hermanas, la más cercana a ella y quizás por eso también su mejor amiga, Celina. En Roma estaba decidida a pedir

al santo Padre el permiso anhelado. El Papa le dijo: «Entraréis, si Dios lo quiere. Tenía -dice Teresa- una expresión tan penetrante y convincente que se me grabó en el corazón».

En el Carmelo vivió dos misterios: la infancia de Jesús y su pasión. Por ello, solicitó llamarse sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. Se ofreció a Dios como su instrumento para la salvación de las almas, especialmente por los sacerdotes.

Teresa siempre amó mucho a Jesús Eucaristía. Su aprecio por la Comunión y la Santa Misa le fue inculcada en el hogar espe-

cialmente. Sus padres acudían diariamente a la iglesia a oír su misa. Teresita, aunque es demasiado pequeña, no quiere privarse de “su misa”, y espera el regreso de su hermana Celina que le traerá el pan bendito entregado en la iglesia: comérselo con devoción es «su misa», según ella misma afirma. A diario hace con su papá la visita al Santísimo Sacramento visitando cada día una nueva iglesia. La fe de su papá en la presencia real es tan grande que, con frecuencia, se le llenan los ojos de lágrimas mientras permanece de rodillas ante el sagrario. Este hecho impresiona mucho a Teresa, que lo recordará siempre. Le gusta «sembrar flores al paso de Dios» durante las procesiones del Santísimo. Y, con ocasión de la fiesta del Corpus, va con sus compañeras al monte del colegio internado que frecuenta, para recoger abundancia de flores que luego, el día de la fiesta, arrojará a lo alto al paso de la custodia.

Antes de hacer su primera comunión, debe hacerse pensionista interna en la abadía durante unos días. Ella califica este día como «el hermoso día entre los días». A su Primera Comunión la llama «el primer beso de Jesús a mi alma», «un beso de amor», y no una mirada recíproca sólo, sino «una fusión». Ese mismo día recibe la gracia de su vocación religiosa, según confiesa. Y después de ese día suspira «por el momento en que podría recibirle por segunda vez». Este aprecio por la Santa Misa y la Comunión le durará siempre. Con ocasión del aniversario de su toma de velo manifiesta su alegría -y lo agradece efusivamente- porque se ha ofrecido una misa por ella; e igualmente actúa cuando, poco antes de morir, la Madre Piora hace decir misas para obtener su curación.

Apenas entrada en el convento,

es conducida al coro, junto al Santísimo Sacramento expuesto. Y añade a continuación que lo que venía a hacer al Carmelo lo declaró a los pies de Jesús Hostia. Y al lado de Jesús-Hostia, es decir, junto al sagrario, hará su morada con mucha frecuencia en los años sucesivos.

El fervor con que Teresa asiste a la Santa Misa es tal que algunos de los acontecimientos espirituales más importantes de su vida giran en torno a ella. Por ejemplo, el hecho de lo que llamó “su conversión”, al regresar de la Santa Misa de medianoche el día de Navidad.

Poco después tendrá lugar su llamada al apostolado a la vista de una mano sangrante de Jesús crucificado. Pero esto ocurre al finalizar la misa que ha oído en la catedral de San Pedro, y mientras está cerrando el devocionario con que ha seguido la celebración. Por último, su inspiración para ofrecerse a sí misma como víctima de holocausto al amor misericordioso le sobreviene durante la Misa en la fiesta de la Santísima Trinidad de 1895.

Al conjuro de la voz del sacerdote, afirma Teresa. «¡Qué humildad la vuestra, oh divino Rey de gloria, de someteros a todos vuestros sacerdotes sin hacer ninguna distinción entre los que os aman y los que ¡ay! son tibios y fríos en vuestro servicio...! A su llamada descendéis del cielo; pueden adelantar, retrasar la hora del Santo Sacrificio... Siempre estáis dispuesto».

A Celina, le escribe: Hagamos de nuestro corazón un pequeño tabernáculo donde Jesús pueda refugiarse. Fomenta la oración ante el sagrario. Y es interesante advertir que un gran número de poesías se refieren a este tema. El título de algunas ya es suficientemente ilustrativo: «El átomo de

Jesús Hostia», «Mis deseos junto a Jesús escondido en su prisión de amor», «Las sacristanas del Carmelo»... Y, en especial, para una religiosa, sor Marta de Jesús, compone una bella oración titulada: «Plegaria Jesús en el tabernáculo».

Por lo demás, después de haber permanecido unas horas en adoración ante el Santísimo expuesto en la vigilia eucarística del Jueves Santo, recibe el «primer anuncio de la venida del Esposo», es decir, se le da una señal de su próxima muerte con la primera hemoptisis.

Concluamos recordando un gesto que, según los testigos, Teresa realizaba a veces cuando no se creía observada. Se acercaba al sagrario y, tocando a la puertecita con suavidad, preguntaba: Jesús, ¿estás ahí? dímelo. Tal vez este rasgo, en su ingenuidad, sea el que mejor nos defina y resuma su excepcional piedad eucarística.

El suspirar por la comunión diaria no lleva a Teresa a la rutina. Al contrario, suele prepararse pidiéndole siempre a la Virgen María que la ayude a recibir dignamente a Jesús. Y la acción de gracias la prolonga a lo largo de toda la jornada. Está tan convencida de la eficacia de la comunión que su última en esta vida la ofrecerá por la conversión de un famoso apóstata, Jacinto Loyson.

A los 23 años enfermó de tuberculosis; murió un año más tarde en brazos de sus hermanas del Carmelo en 1897, y en 1925 el Papa Pío XI la canonizó, y la proclamaría después patrona universal de las misiones. La llamó «la estrella de mi pontificado», y definió como «un huracán de gloria» el movimiento universal de afecto y devoción que acompañó a esta joven carmelita. Proclamada "Doctora de la Iglesia" por San Juan Pablo II en 1997.

El chófer convertido en apóstol



La devoción a Nuestra Señora del Rosario de Fátima está muy unida a la adoración a Jesús Sacramentado. Así, por ejemplo, la Comunión reparadora de los primeros sábados. Los niños, videntes de Fátima, Francisco, Jacinta y Lucía fueron encaminados por la Virgen al amor a Jesús Eucaristía. ¡Cuántas visitas hicieron a Jesús escondido en el sagrario de su iglesia parroquial! ¡Cuántos deseos de comulgar albergaron sus corazones!

Es que nuestra Madre, que sabe de amores eucarísticos, quiere que su Hijo sea muy especialmente amado en el Santísimo Sacramento, donde se encuentra misteriosa pero realmente. Conozcamos una historia que comienza camino de Fátima y termina junto al sagrario.

En Cascais, una ciudad turística de Portugal situada al oeste de Lisboa, conocida por sus playas y su concurrido puerto deportivo, ocurrió por el mes de mayo del año 1930 que una buena señora había proyectado una peregrinación a Fátima y para ello contrató un chófer.

Al anochecer, un criado, a quien había enviado a la farmacia, volvió preocupado: -Señora, no vaya a mañana a Fátima, porque el chófer que usted ha contratado hoy es un bribón.

Y contó que al pasar por una farmacia cercana la encontró llena de gente que reía y se burlaba de la fe. Todos rodeaban a un hombre, un chófer, muy conocido en la ciudad que se jactaba a grandes voces de “tener que ir al día siguiente a Fátima”.

Sin duda -pensaba el criado- que la señora no le conocía, ni las amigas que la acompañarían. Porque de haber sabido que era no solo un incrédulo, sino que además de burlaba de la fe, nunca lo hubieran escogido ni contratado. El pérfido chófer se jactaba, además, de que “antes de llegar a Fátima daría a conocer quién era él”.

-Razón de más para ir con él -respondió la Señora-. Yo no tengo miedo. Vamos a Fátima para honrar a la Santísima Virgen. Ella nos defenderá de los peligros y tal vez se haga bien a esa alma.

Pero no queriendo cargar, con toda la responsabilidad, avisó del peligro a las amigas. Ellas aprueban su decisión, confiando igualmente en la ayuda de la Virgen.

Al día siguiente, durante el viaje no tuvieron que quejarse

del comportamiento del chófer, excepto alguna frase de irónica, pero inofensiva, que decía de cuando en cuando en tono de burla:

-¿Fátima está lejos?... ¿Hay alguna gran fiesta allí?... ¿Es muy divertida una peregrinación?

-No, señor. A Fátima de la gente no va para divertirse, sino para rezar, hacer penitencia, recibir los sacramentos y dar gracias a la Virgen por los beneficios recibidos.

Al llegar a Fátima, la interminable hilera de coches deja sorprendido al chófer:

-¡Cuánta gente! ... ¿Qué hacen?

-Rezan a la Virgen y cumplen las promesas hechas. Venga con nosotras. Vamos a la capillita de las apariciones.

-Pero ¿y el coche?

-No se preocupe. Todo tiene arreglo.

La señora y sus amigas piden a algunas personas que por allí estaban que cuiden del auto y se llevan con ellas al chófer. Él seguía con el sombrero puesto e indiferente, pero observándolo todo. Al llegar delante de la capilla y fijar la mirada en la hermosa imagen de la Madre de Dios se sintió conmovido y transformado, cayó de rodillas y empezó a sollozar.

-Señor, ¿qué tiene?... ¿Se encuentra mal?

-Esto es maravilloso. Nunca he visto algo así.... Aquí se respira el cielo... y yo he sido muy malo.

-Si esto no es nada aún... Verá usted luego la procesión con las antorchas, la adoración

nocturna y, sobre todo, mañana, la Santa Misa, la Comunión general de toda esta gente...

-Me gustaría poder comulgar... hace tanto tiempo que no me confieso y he vivido tan mal.

-Entonces es necesario confesarse hoy.

-Pero hace tanto que no lo hago y tengo tanto...

-No importa, más vale tarde que nunca. Y para la Virgen siempre se está a punto. Vamos a buscar un confesor.

-Me hacen un gran favor.

El chófer se confesó y volvió lleno de alegría. Al día siguiente comulgó y asistió a todos los actos litúrgicos y religiosos. Parecía transformado.

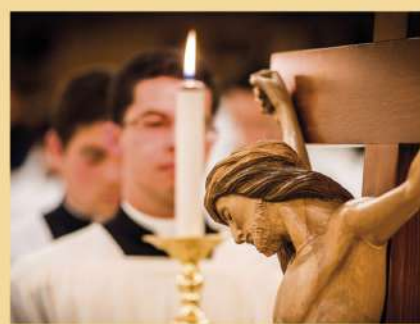
Lo más notable fue que, al volver a su pueblo, se dirigió a la farmacia donde los amigos lo esperaban para pasar un rato de diversión a expensas de las “tonterías” de Fátima. Pero él les declaró que estaba allí para retractarse de lo que dos días antes había dicho. Lo que pasa en Fátima no se puede describir, es sencillamente maravilloso. Tendrían que ir todos allí para hacerse buenos, como él había prometido serlo en adelante.

En efecto, este hombre continuó siendo un buen cristiano. No faltaba a la Santa Misa dominical, se confesaba y comulgaba con frecuencia, fue un buen hijo de María y un gran devoto del Santo Rosario.

Es que la Virgen, nuestra Señora, siempre nos lleva al encuentro con Jesús y muy especialmente con Jesús sacramentado.

ALIANZA DE ORACIÓN MARIANA

Cor Mariae Pro Eis



PARA REZAR LA
CORONILLA
SACERDOTAL,
CONECTA CON
NOSOTROS A
TRAVÉS DE:

infoproeis@gmail.com

